

MEDITA CONMIGO

Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna (Hech 13:47-48).

Los que hemos nacido de nuevo por haber creído a la palabra de Dios estamos ciertos de que ella no está sujeta a los cambios de los tiempos, es decir, que lo que fue dicho a nuestros antepasados, y que quedó escrito está vigente para nuestro presente, muy claro quedó asentado en las palabras de Jesús al decir: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Lc 21:33). Persuadidos también estamos que él mismo fue quien inspiró todo lo que quedó consignado de manera escrita, entonces, lo que arriba leemos hemos de interpretarlo de manera que entendamos su acción vigente en nuestro tiempo.

El apóstol dijo estas palabras después de haber predicado a los judíos, a quienes citándoles las mismas Escrituras conocidas por ellos, les lleva a ver su cumplimiento en Jesús de Nazareth, pero siendo rechazado por ellos les vuelve a citar las Escrituras en que se sustenta para ir a predicar a los que sí quieren oír, esto es, a los no judíos, para que se cumpliera la palabra de Oseas que dice: *Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada*. (Rom 9:25) (leer Hech 13, desde el versículo 13 al 52). Es de notar, pues, que si hay gente a la cual se le ha predicado el evangelio, desde entonces hasta nuestros días, es a la gente no judía, lo que ha dado lugar a que generación tras generación se mantenga la institucionalidad de la iglesia cristiana en medio de un creciente denominacionalismo.

Ahora bien, hay una expresión en esta palabra que debemos tener muy en cuenta, la cual dice: *Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna*. Aquí podemos ver un principio activo hasta nuestros días, tanto para judíos como para no judíos, esto es, que Dios conoce a los que son suyos aún antes de la fundación del mundo (Rom 8:29-30; Ef 1:4), para los cuales hay un ordenamiento para vida eterna, debiendo contar éstos con una identificación para poder entrar al reino de Dios, la cual no es otra que la fe; por eso dice: *y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna*; pretender entender y explicar esto es ociar con especulaciones, porque esos son los espacios inescrutables de la mente de Dios (Rom 11:33); lo que sí es absolutamente claro es que sin fe Dios no puede ser agradado, dicho de otro modo, en su familia no puede haber incrédulos, de aquí el dicho de alguien que dice: *Es tan imposible que el hombre se salve, que Dios hizo la salvación tan accesible*. Esta sencillez del camino a la salvación es lo que ha hecho tropezar a tantos religiosos desde la antigüedad; que un hombre sea justificado por Dios sólo por creerle les es inaudito; esto explica la proliferación de tan diversos credos supuestamente fundados en Cristo que no conducen a encontrar la paternidad de Dios. Hace poco pregunté a un niño de unos seis años que estaba frente a su padre: -¿Ese es tu papá? -señalando a su padre-, sin vacilar dijo instantáneamente: Sí. Esto es lo que hace un verdadero creyente cuando se le pregunta si es hijo de Dios o si tiene vida eterna, él contesta afirmativamente simplemente porque **cree**; los que vacilan buscando su acta de nacimiento espiritual expedida por el institucionalismo de obras, simplemente no creen; por esta razón es que Jesús dijo: *... si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios*. Si a un verdadero creyente se le pregunta: ¿Cómo hiciste para creer? simplemente no tendrá respuesta, y quizás atine a decir: *Oí, y creí*. ¿Qué fue lo que oyó? Simplemente el llamado de Dios por la palabra hecha hombre: Jesús el Hijo de Dios (Heb 1:1-4). El no saber quiénes son los hombres ordenados para vida eterna es lo que nos debe mover a quienes predicamos a Jesucristo, para hacerlo de tal modo que no hagamos ruidos estorbosos entre nuestras palabras y los oídos de quienes nos escuchan, es decir, presentarlo tal cual lo muestran las Escrituras. Este es el estilo escaso en nuestros días, no obstante, si los hombres callan u obstruyen la verdad, Dios hará que las piedras hablen (Lc 19:40), nunca se quedará sin testigos que hablen de él.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava